Sociedad civil y ciudadanía en la problemática latinoamericana actual

por Manuel Antonio Garretón M.

Quizás convenga partir por la pregunta: ¿de qué hablamos cuando nos referimos a la sociedad civil o a la ciudadanía hoy día en América Latina? Pienso que hay dos niveles diferentes y casi contradictorios.

Uno, conformado por un conjunto de fenómenos de movilización social y política relativamente inéditos, algunos de los cuales adquieren carácter emblemático, como los piqueteros en Argentina, las caídas y elecciones de presidentes producto de movilizaciones sociales, como los casos especialmente de Ecuador y, sobre todo, Bolivia, los movimientos étnicos y antiglobalización, en general la irrupción de actores fuera del marco institucional desafiando la representatividad de los actores políticos institucionalizados.

El otro, proviene de una larga tradición intelectual basada en conceptos clásicos de la sociología y la ciencia política, como ciudadanía y sociedad civil, e intenta enmarcar la comprensión de estos fenómenos nuevos con una apelación que muchas veces constituye un recurso ideológico tanto de los actores involucrados como de quienes quieren descifrarlos y acompañarlos. Y la cuestión que se plantea es si estos conceptos, tal como los hemos recibido de la tradición intelectual, dan cuenta de los fenómenos indicados o si estamos

frente a situaciones que exigen una revisión y redefinición de los mismos.

1. El debate sobre la sociedad civil

Lo cierto es que, en parte, esta situación no se da sólo en América Latina. La cuestión de la sociedad civil, en términos de su "resurrección", aparece en Europa como respuesta a la crisis del Estado de bienestar, y en los países comunistas como la gran vencedora del Estado totalitario y la causante de su colapso y derrota. En América Latina ella se relaciona con las expectativas incumplidas y los vacíos de la democratización política. Es decir, en el primer caso se trata de llenar un espacio, en el segundo se trata del motor del cambio y, en el tercero, del sustituto de los actores políticos clásicos en el proceso de democratización. En todos los casos se trata del advenimiento y triunfo de la sociedad civil, su momento histórico de reivindicación.

Una pista importante, como han señalado algunos autores, es analizar los discursos de la sociedad civil y reconocer que bajo la misma apelación las significaciones son muy diferentes y que pueden formar parte de una visión normativa o simplemente descriptiva. A su vez, esta última dimensión puede corresponder a fenómenos muy diferentes con el mismo nombre. En la visión normativa, la sociedad civil se opone al Estado y consistirá exclusivamente en aquel tejido asociativo cuya sola existencia asegura la participación y, en último término, apunta a una forma de auto-gobierno. La sociedad civil, es así, la dimensión siempre positiva de una comunidad política, no formando parte de ella los "malos" actores. En la visión descriptiva, algunos incluirán el mercado y sus actores, otros sólo aquellas organizaciones que pueden definirse como cuerpos intermedios, o que no forman parte de la economía ni de la política en sentido estricto.

En América Latina existe una dificultad muy grande de asimilar la sociedad civil al concepto toquevilliano, es decir

a un tejido asociativo de contrapeso al Estado. Ello porque, como se ha dicho muchas veces, no estamos ante sociedades que, organizadas desde abajo, ya sea desde los individuos o desde sus asociaciones, estructuran una autoridad que llamamos Estado, sino por el contrario éste es el que constituye desde el principio simbólico de una nación a la sociedad a través de la política, sea ésta institucional o movilizadora, en todo caso más movilizadora que participativa. De modo que la sociedad civil no se constituirá principalmente como contrapeso al Estado desde fuera o desde abajo y, en todo caso, se tratará no de cualquier estructura asociativa autónoma, sino de aquellos actores sociales con algún nivel de organización o masas movilizadas en torno a algún eje político, personal o institucional. Lo que no entre en ese juego, es decir el tejido asociativo "puro", por un lado, (clubes, asociaciones religiosas, culturales o vecindarias) y, por otro, los sectores marginales o subordinados, sea por razones económico-sociales o de género o edad, o los dominados por la nación cívica y definidos en torno a un principio étnico, mayor o menor según los países, todo ello no será considerado sociedad civil. La sociedad civil está, así, conformada por el pueblo, las clases o los movimientos sociales, y ellos se estructuran principalmente en torno a un principio político estatal que puede ser conflictivo o de integración. De modo que la política y el Estado generan, constituyen, estructuran lo que podría hoy llamarse la sociedad civil y ésta, cualquiera sea su contenido y sus niveles organizativos, no existe autónomamente salvo situaciones o casos excepcionales.

Y esta manera de ser la sociedad civil es la que estalla, como veremos más adelante y es este estallido lo que permite que, por primera vez, pueda hablarse de sociedad civil como algo separado y autónomo, siempre relativamente, de la política y el Estado.

Desde nuestra perspectiva, cualquier teoría de la sociedad civil debe ser pensada históricamente, es decir, para tipos de sociedades históricas y no como búsqueda de un referente obligado a partir de una definición que, en apariencia abstracta, proviene también de una generalización basada

en sociedades histórica y geográficamente determinadas. Lo mismo ocurre con el concepto de modernidad, por ejemplo. Y es por ello que siempre me ha parecido más adecuado para el tipo de modernidad de las sociedades latinoamericanas hacer referencia a la relación entre Estado, sociedad y política como una forma de articulación en que los componentes no pueden ser aislados como en el caso de las sociedades desarrolladas o que han vivido otro tipo de modernidad. A esta visión corresponde el concepto de matriz socio-política que hemos desarrollado con otros autores, entre ellos Marcelo Cavarozzi.

2. La matriz clásica y su descomposición

Recordemos que el concepto de matriz socio-política aludía a la interrelación entre Estado, sistemas de representación y base socio-económica y cultural, mediados todos estos elementos por el régimen político, que, a su vez, es el componente institucional de la relación entre Estado y sociedad destinado a resolver los problemas de gobierno, relaciones entre individuos y Estado e institucionalización de conflictos y demandas sociales.

La primera idea básica es que en nuestras sociedades, y quizás éramos más ambiciosos pensando en todas las sociedades, tal configuración de elementos es la que constituye a los actores sociales.

La segunda idea es que la matriz socio-política latinoamericana particular que predominó desde el colapso de la matriz oligárquica o desde la primera mitad del siglo 20, según los países, hasta el advenimiento de las nuevas dictaduras militares o nuevos autoritarismos de los sesenta y setenta, de los procesos de reformas estructurales de tipo neo-liberal y de las dinámicas de la nueva globalización, fue la matriz estatal nacional popular. En múltiples ocasiones hemos caracterizado sus rasgos principales: fusión de los componentes señalados; base socio-económica estructurada

en torno al modelo de industrialización sustitutiva de importaciones dirigido desde el Estado, el que a su vez se definía como un compromiso entre sectores oligárquicos y burgueses, clases medias y trabajadores organizados; su forma de acción colectiva principal era el populismo en sus diversas variedades; las orientaciones culturales predominantes eran de tipo mesocrático-popular nacionalistas, desarrollistas; el movimiento central paradigmático era el de trabajadores organizados apelando al pueblo como el actor central; fórmulas políticas híbridas que combinaban democracia formal con autoritarismos, ya sea en un mismo régimen, ya sea en la forma de ciclos sucesivos.

Desde "abajo" las fórmulas guerrilleras, desde "el medio" los intentos reformistas y revolucionarios institucionales y "desde arriba", como resultado triunfante, los autoritarismos militares, descompusieron esta matriz constitutiva de los actores sociales, desarticularon la relación entre Estado y sociedad. Es cierto que los autoritarismos militares intentaron la recomposición de esta relación reduciendo drásticamente la dimensión política y de movilización social e intentando reorganizar el capitalismo dentro de los marcos de la economía mundial disminuyendo el papel del Estado y generalizando los mecanismos de mercado. Sólo el caso chileno logró una cierta forma de estructuración neo-liberal que luego en los otros casos fue intentada por los gobiernos post-autoritarios. Pero ni los autoritarismos ni los gobiernos democráticos que les siguieron pudieron reconstruir una matriz legitimada, consensuada, capaz de dar cuenta tanto de un nuevo modelo económico como de la articulación entre Estado y actores sociales con sus diversas orientaciones culturales.

Hay aquí dos problemas. El primero de carácter teórico o conceptual es hasta qué punto sociedades estalladas por las reformas estructurales, la globalización, el debilitamiento del rol referencial del Estado, la descomposición de actores sociales y políticos clásicos, pueden seguir siendo pensadas en términos de configuraciones estables entre Estado y sociedad. Este aspecto cuestiona tanto la funcionalidad o adecuación del concepto de sociedad civil como el de matriz

socio-política. Lo más probable es que no haya matriz única por país o que la matriz en un sector no coincida con otra, es decir matrices o relaciones entre Estado y sociedad híbridas y combinadas. Los polos extremos serían o la total separación entre sus componentes, es decir, la ausencia de una matriz, o la fusión de todas ellas en una nueva forma de fundamentalismo. Y es probable que tampoco haya una sociedad civil distinguible, sino "sociedades civiles" que corresponden a las diversas dimensiones de la sociedad, la agregación de las cuales no podría constituir un referente de comprensión de la acción colectiva de cada país.

Todo ello lleva al segundo problema, cual es qué nuevas configuraciones de relaciones entre Estado y sociedad efectivamente se producen y qué posibilidades y límites tienen hacia el futuro. En otras palabras, está la cuestión histórico-empírica de las fórmulas de recomposición de la relación entre Estado y sociedad o de reconstrucción de lo que podemos llamar *polis*. Y quizás haya que dejar de pensar en conceptos englobantes como el de sociedad civil o de matriz socio-política para intentar comprender los esfuerzos de reconstrucción de la sociedad que se están dando hoy en día.

3. La ciudadanía y su redefinición¹

A diferencia del debate sobre el concepto de sociedad civil que tiene una marca académica, el referido a la ciudadanía tiene una mayor carga política y este concepto se ha convertido en el nombre de toda acción colectiva, absorbiendo la propiamente política y también el concepto de opinión pública².

-
- 1 Retomamos aquí elementos de nuestro trabajo "Polis y sujeto. Nota conceptual sobre democracia y ciudadanía hoy". En Robinson Salazar y Paula Lenguita, compiladores, *Democracia Emancipatoria* (Libros en Red. Argentina, 2005).
 - 2 Una ilustración de esta confusión puede verse en el caso chileno, donde se afirmó que la candidatura de Michelle Bachelet a la presidencia "emergió

Recordemos que la ciudadanía, entendida como la reivindicación y reconocimiento de un sujeto de derechos frente a un determinado poder, es uno de los grandes inventos de Occidente. A esa idea, que se refería a derechos abstractos, las revoluciones sociales y culturales le dieron un cierto contenido. El concepto abstracto de ciudadano se encarnó en el concepto de pueblo como la base o sustento de la ciudadanía. Y esta idea de pueblo, o clases para otros, que se relaciona con una de las dimensiones de la ciudadanía a la cual me voy a referir, es un concepto que hoy día tiende a perder vigencia, y nos encontramos de nuevo entonces frente al concepto desnudo de ciudadanía como conjunto de derechos individuales.

Al definir la ciudadanía como un sujeto de derechos, la cuestión que se plantea es ¿qué sujeto? Es posible afirmar que hay dos sujetos cuando se habla de ciudadanía. Uno es el individuo, cuyos derechos los adquiere no por ser humano como los Derechos Humanos, sino por ser miembro de la *polis*, de una comunidad política, por pertenecer a un Estado. Ello se expresa en una de las dimensiones de la ciudadanía, cual es la ciudadanía de derechos y deberes (*citizenship*), que se refiere al status o condición de ciudadano y a los derechos, deberes y privilegios derivados de esa condición. Quizás sea ésta la dimensión privilegiada por el PNUD en su Informe de Desarrollo Democrático en América Latina. Por otro lado, estamos frente a un sujeto colectivo que no puede reducirse a la suma de derechos individuales, es el cuerpo de ciudadanos (*citizenry*), los ciudadanos como grupo, lo que se acerca al concepto de pueblo. Esta dimensión es la que está presente cuando decimos, por ejemplo, "la ciudadanía rechazó tal o cual cosa, la ciudadanía votó o la ciudadanía exige".

En América Latina, bajo forma constitucionales de tipo liberales, lo que hubo clásicamente fue una reivindicación del pueblo como sujeto, quizás muchas veces con descuido del ciudadano como sujeto. Los populismos ilustran esta

de la ciudadanía", cuando se trata del caso más claro de construcción desde la política y la opinión pública.

afirmación del pueblo combinada con una desconfianza de lo que llamamos las instituciones ciudadanas. En las últimas décadas, esta debilidad de la teoría democrática y de la teoría de la ciudadanía imperantes en América Latina sufrió un giro cultural, entronizándose, así, un concepto de ciudadanía como conjunto de derechos individuales, lo que es de enorme importancia. Pero las transformaciones económicas de tipo neo-liberal desgraciadamente le dieron a este giro un sello de individualismo radical ligado al consumo, al mercado y a la competencia. Con ello se debilitó la dimensión de la ciudadanía como un sujeto colectivo. A su vez, el fenómeno de la globalización, con el debilitamiento del Estado Nación en su aspecto de único referente de poder interno, provoca una serie de transformaciones que alteran la concepción y ejercicio tradicional de la ciudadanía.

Una primera consecuencia de estas transformaciones es la existencia de dos tipos de ciudadanía. La primera que llamaremos nuevas *ciudadanías imaginadas o deseadas*, corresponde a aquellas reivindicaciones de algo que se siente como derecho y que está en un campo de poder, pero que no tiene institucionalidad para ejercerse. El problema es que existe un conjunto de campos de poder en los cuales no está claro que pueda ser el Estado quien otorga y reconoce derechos, pese a que éstos se reivindiquen derechos. Aquí no habría una ciudadanía clásica. Ya no se reivindican derechos y responsabilidades sólo frente al poder político o al Estado en sus niveles centrales o descentralizados. Los espacios económicos transnacionales, las relaciones de género, la esfera medio ambiental, el ámbito comunicacional, las comunidades locales, regionales y supranacionales, se constituyen en campos en los que operan poderes y que plantean problemas nuevos sobre cómo se ejerce la ciudadanía. Se produce una expansión de la aspiración ciudadana, para la cual no existen instituciones en las que ella pueda plasmarse y hacerse efectiva.

El segundo tipo de ciudadanía que llamaremos *ciudadanías institucionalizadas clásicas*, parecen perder contenido, debido principalmente a tensiones entre distintos tipos de

derechos y al debilitamiento de organizaciones (por ej. sindicatos) e instituciones (por ej. voto o habeas corpus) que los respaldan.

Una segunda consecuencia son las exclusiones. Existan o no instituciones que reconozcan derechos hay gente que está dentro y gente que está fuera, lo que ocurre tanto en estos nuevos campos de poder como en los clásicos. Así, en América Latina, y en general en una parte importante de la humanidad, el fenómeno de expansión de la aspiración ciudadana es cruzado y redefinido por la exclusión de vastos sectores que pueden llegar a dos tercios de una sociedad. Los tipos y formas de exclusión son muy diversos y están referidos tanto a los ámbitos clásicos de la ciudadanía, como sobre todo a los nuevos ya mencionados y que definen los modelos de modernidad. Hay ciertas características que afectan a todas las exclusiones contemporáneas y que coexisten con las tradicionales. Por un lado, ellas están menos definidas en términos de conflicto y de dominación que en términos de marginación y distanciamiento progresivo, de manera que los excluidos no entran como sectores subordinados u oprimidos en la sociedad que busca su emancipación, sino que, simplemente, no entran o sobran. Por otro lado, ello no significa una dualización simple, sino más compleja, porque las demandas de los excluidos ya no se dan sólo en términos del acceso a los niveles mínimos de lo que les es negado, sino también a su calidad. En este sentido hay una dimensión cultural de la modernidad que está presente en quienes son expulsados de ella.

Se genera, así, un nuevo patrón de doble conflicto. Por un lado, entre incluidos y excluidos. Por otro lado, por accesos a las nuevas ciudadanía. Pero el mismo concepto de conflicto es ambiguo, toda vez que no existe una clara definición de quiénes son los adversarios y no puede prescindirse de la comunicación y la concertación. A ello hay que agregar que está aún sin resolver la constitución de un nuevo cuerpo de ciudadanos en defensa y promoción de los derechos clásicos y nuevos, y su representación política, lo que hemos definido como el problema del sujeto.

4. Los nuevos modelos de relación Estado-sociedad

Así, en América Latina pareciera haber en juego varios modelos de recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad, que implican visiones distintas de la sociedad civil y de la ciudadanía, como formas de respuesta a las transformaciones que las reformas económicas y la globalización han implicado. Algunos de ellos se combinan y entremezclan en sus formas históricas, a veces confusa a veces esquizofrénicamente. Pero todos parten de un hecho fundamental. Por primera vez en nuestra historia, esto se hace prácticamente en todas partes desde regímenes democráticos.

El primero de estos modelos es el que podríamos llamar politicista. La sociedad se reconstruye desde la política. Y aquí hay al menos dos variantes de tipo puro.

La primera es la hipermovilización política, la permanente movilización política, una especie de democracia continua través de ciertas formas de caudillismo, ahí donde se han destruido las organizaciones políticas de mediación. Es el caso paradigmático venezolano, que se confunde muchas veces con populismo, lo que me parece discutible en la medida que el populismo era una política destinada a integrar sectores excluidos a una comunidad política ya existente y en este caso hay una movilización destinada a refundar o reconstruir la polis, a través del tema emblemático de una nueva Constitución. Es posible que una política como ésta sólo pueda realizarse en situaciones de existencia de recursos tan estratégicos como el petróleo. El sujeto de este modelo es el pueblo movilizado, y sus riesgos y costos más altos tienen que ver con el problema de la polarización de la sociedad y su dificultad de institucionalización más allá del liderazgo personal.

La segunda variante es la chilena y, en cierta medida la uruguaya, que podríamos llamar modelo partidista: la sociedad se reconstruye a través del sistema de partidos, que, en el caso chileno presenta las particularidades: una, de no

haberse completado la agenda de transición por cuanto la institucionalidad sigue siendo heredada de la dictadura; y dos, que el gobierno está ejercido por una mayoría de centro-izquierda desde la recuperación democrática. El sujeto de este modelo son los partidos, pero también una invocación a la ciudadanía que no se expresa en ellos. Y esto porque la principal debilidad radica aquí en la dificultad de canalizar y expresar demandas sociales que en sociedades complejas no pasan siempre por la política como ocurriría en otra época. A largo plazo, el riesgo es que el mismo éxito del modelo impide ver sus defectos y corregirlos generando una posible distancia entre sociedad y política.

El segundo modelo intenta reconstruir las relaciones entre Estado y sociedad desde la sociedad y tiene también dos variedades.

La primera es la étnica, cuyo origen, aunque no "puro" pues incluye importantes elementos politicistas y de la segunda variante del modelo societalista, se encuentra en el movimiento de Chiapas y adquiere importancia en Ecuador y, sobre todo, Bolivia. Aquí se identifica el nosotros de la identidad étnica con el conjunto de la nación y por ello se aspira a refundar el país. Se trata del rechazo a la nación cívica que se impuso secularmente y de su redefinición a partir del nuevo sujeto constituido por las comunidades indígenas, con el riesgo de la exclusión del otro.

La segunda variante es la que se origina en parte en Chiapas con el movimiento anti-neoliberal y luego en Porto Alegre con el movimiento anti-globalización, posteriormente, alter mundialista. Este modelo se expresa, entre otros aspectos, en las proposiciones de los Foros Sociales y en los llamados a la sociedad civil, sobre todo en su dimensión movimientista aunque con un fuerte peso de las ONG's, como único sujeto frente a los poderes fácticos de la globalización que han involucrado también a los Estados nacionales en sus proyectos de dominación. La gran debilidad de este modelo es su dificultad de implementación institucional y política, más allá del horizonte utópico.

Entre las alternativas politicistas o estatistas y las socialistas, se ubica un tercer modelo que es el tecnocrático de mercado, promovido principalmente por organismos internacionales como el Banco Mundial. Éste se ha movido desde una crítica radical al Estado y la propuesta de su reducción drástica, con el fin de promover el mercado como forma no sólo de asignación de recursos sino de organización de la sociedad, a una posición en que se privilegia un aparato de Estado destinado a políticas focalizadas que complementen el mercado como agente. Se trata aquí de eliminar la política y la sociedad como espacio de participación y reducir las al papel de clientes o beneficiarios de proyectos particulares o de relaciones sociales que en forma de capital social aseguran la *governance* y debilitan un rol dirigente del Estado y un rol activo de la sociedad misma³.

Conclusión: sociedad civil, ciudadanía y reconstrucción de la comunidad política

El espacio propio de la ciudadanía y la sociedad civil fue la *polis*, la comunidad política, en la época moderna el Estado Nación y los países. No pueden entenderse la ciudadanía y la sociedad civil sin esta referencia en la cual se constituyen como tales.

Pero sociedad civil y ciudadanía se encuentran hoy frente a una *polis* estallada. Ello tanto porque el centro de toma de decisiones que es el Estado pierde capacidades como porque la base social, el *demos*, se reduce por los efectos de las exclusiones. Hay democracias, cierto, pero éstas se revelan

3 En los trabajos presentados a este seminario pueden encontrarse análisis de dos modelos mixtos: el brasilero, de fusión entre un discurso alter-mundialista y movimientista y una política tecnocrática de mercado, y el argentino de las "zonas grises" donde se mezclan Estado, partido, movimiento y relaciones extra-institucionales entre ellos. Ver los capítulos de J. Auyero y E. Dagnino en este mismo volumen.

incapaces de organizar la sociedad como espacio de constitución de sujetos y de toma de decisiones.

Entonces, el gran tema planteado hoy día es la reconstrucción de la *polis* o de los Estados y eso, se debe hacer, al menos en tres niveles paralelamente, simultáneamente. El primero, el nivel local, el segundo es el nivel del Estado nacional y el tercero si se quiere que estas comunidades locales y nacionales no queden navegando en las aguas de la globalización, es la integración regional, la conformación de bloques, la construcción de *polis* regional. Tenemos en esto que aprender del esfuerzo de otros contextos que han reforzado sus comunidades locales, relegitimado sus Estados nacionales y sus democracias y están hoy buscando constituir una *polis* supra-nacional a través de entidades que incluso tengan su propia Constitución. Es decir, redefinen en estos tres niveles tanto las formas de representación como la ciudadanía (pensemos en un inmigrante que trae la ciudadanía de origen, la de llegada y la supra-nacional) y la estructuración de la sociedad civil.

Es aquí donde es posible encontrar un nuevo sentido a los conceptos de ciudadanía y sociedad civil, que rescate la tradición pero los haga relevantes en el nuevo contexto. Se trata de entender la sociedad civil como aquel conjunto de actores que contribuye específicamente a la reconstrucción de la *polis* y la ciudadanía, como aquel sujeto de demandas y proyectos que reconstituyen efectivamente el espacio donde la sociedad y el país se producen como tales.

Y una última observación. Los modelos de reconstrucción de la sociedad que se presentan hoy en América Latina, a los que hemos hecho referencia, a diferencia de los proyectos de los sesenta, se refieren más a arquitectura y articulaciones que a contenidos y utopías. Salvo quizás en los modelos más socialistas, la pregunta por la sociedad que se quiere parece estar ausente. Importan más los derechos de un sector que la visión de país. Y ello tiene que ver no sólo con la transformación de la política en el mundo contemporáneo sino con el debilitamiento de los espacios donde se producía el debate sobre proyectos nacionales: los partidos, las universidades

públicas, el Estado mismo. Los medios de comunicación eran reproductores de esos debates. Hoy día ocurre lo contrario, los medios producen y banalizan el debate, en tanto el circuito clásico pierde vitalidad.

No hay recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad, es decir, reconstrucción de los países sin debate sobre lo que quieren ser. Y en esto consiste el sentido profundo de la sociedad civil y de la ciudadanía: ser los espacios y actores donde se debate el o los proyectos de sociedad. Quizás no para terminar con la banalidad, sino que para que ésta no termine con la comunidad política.

Bibliografía

CEPAL (2000) Equidad, desarrollo y ciudadanía.

COHEN, Jean; ARATO, Andrew (1992) *Civil society and political theory*. Massachusetts, MIT.

GARRETÓN, M. A. (2000) *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*. Santiago, Ediciones LOM.

— (2001) “Cambios sociales, actores y acciones colectivas en América Latina”, *Serie Políticas Sociales*, Santiago, CEPAL, División de Desarrollo Social, Naciones Unidas.

— (2005) “Polis y sujeto. Nota conceptual sobre democracia y ciudadanía hoy”, en Robinson SALAZAR y Paula LENGUITA. (comps.), *Democracia Emancipatoria*. Argentina, Libros en Red.

— ; CAVAROZZI, M.; CLEAVES, P. S.; GEREFFI, G. y HARTLYN, J. (2004) *América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz socio-política*. Colección Ciencias Humanas. Santiago, Ediciones LOM.

HENGSTENBERG, P.; KOHUT, K.; MAIHOLD, G. (eds.) (1999) *Sociedad Civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*. Ed. Nueva Sociedad.

- JELIN, E. y HERSCHBERG, E. (coords.) (1996) *Construir la democracia: Derechos Humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*. Ediciones Venezuela, Nueva Sociedad.
- KEANE, J. (1992) *Democracia y sociedad civil*. Madrid, Alianza Editorial.
- LECHNER, N. (1995) "La problemática invocación de la sociedad civil", *Revista Espacios* N° 4, abril-mayo.
- PANFICHI, A. (coord.) (2002) *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina: Andes y Cono Sur*. Pontificia Universidad Católica del Perú/Fondo de Cultura Económica.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1993) *La primacía de la sociedad civil*. Madrid, Alianza Editorial.
- PNUD (2004) *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- RABOTNIKOF, N. (2001) "La caracterización de la Sociedad Civil en la perspectiva de los bancos multilaterales de desarrollo". *Rev. Nueva Sociedad* N° 171, enero-febrero.
- VARGAS, J. (2003) "Teoría de la acción colectiva, sociedad civil y los nuevos movimientos sociales en las nuevas formas de gobernabilidad en Latinoamérica", en *Revista Latina de Comunicación Social*, N° 53, enero-febrero.